

**LEMA: NUNCA EN BLANCO**

**TÍTULO: LA HORA EN QUE CALLAN LOS CAÑONES**

La primera vez que Tomás Valcárcel oyó decir que un eclipse podía medirse con instrumentos de guerra, pensó que el comandante Santonja estaba bromeando.

No era hombre de bromas.

Lo dijo una mañana de marzo de 2026, en una de las salas altas de la Academia de Artillería de Segovia, mientras la luz fría del patio entraba por los ventanales y dejaba sobre el suelo rectángulos de claridad casi militar.

—La artillería no es solo pólvora, Valcárcel —dijo el comandante, sin levantar demasiado la voz—. También es cálculo, ángulo, tiempo, distancia. Y donde manda la precisión, la astronomía nunca anda lejos.

Tomás, que llevaba ya seis meses como auxiliar civil de archivo en la Fundación Biblioteca de Ciencia y Artillería, asintió como si lo supiera de siempre. No lo sabía. Había llegado allí por una mezcla de necesidad y azar: un grado de Historia del Arte mal rentabilizado, una oposición que no salió y un contrato temporal catalogando fondos antiguos. Hasta entonces, la Artillería le sonaba a estampas de uniforme, a desfiles y a un pasado demasiado rígido para su gusto. Segovia, en cambio, sí la había entendido desde niño: el acueducto, el aire cortante de invierno, el Alcázar como un barco de piedra, la cuesta de San Francisco y ese silencio especial de las ciudades que llevan siglos viéndolo casi todo.

—Le he dejado una caja sobre la mesa —continuó el comandante—. Documentación sin revisar. Papeles de un teniente destinado aquí a principios del siglo pasado. Hay notas

sobre el eclipse total de 1905. Quiero saber si merece la pena exponer algo cuando llegue el de agosto.

Tomás miró la caja. Cartón oscuro. Etiqueta desvaída. Polvo antiguo.

—¿Un teniente astrónomo?

El comandante se permitió una media sonrisa.

—Un artillero curioso. Que es más raro y más útil.

Cuando se quedó solo, Tomás abrió la caja con la paciencia reverencial que había aprendido allí dentro. En el archivo, hasta el papel parecía exigir modales. Había un cuaderno de tapas negras, varias hojas sueltas, un sobre con placas fotográficas envueltas en papel de seda y una libreta pequeña con el lomo vencido. En la primera página del cuaderno, con una letra inclinada y firme, leyó:

**Teniente Federico Alcázar de Urrutia. Academia de Artillería. Segovia.**

Debajo, otra línea:

**Observaciones preparatorias para el eclipse total del 30 de agosto de 1905.**

Tomás se sentó.

Fuera, en el patio, sonó el paso acompasado de varios alumnos. Dentro, en aquella mesa de trabajo llena de guantes de algodón y fichas de inventario, el tiempo dio un pequeño salto hacia atrás.

El cuaderno no era solo técnico. Había números, sí. Horas previstas, trayectorias, cálculos de sombra, referencias a instrumental de observación. Pero, entre una nota y otra, asomaban frases que no deberían estar en un documento de servicio.

*La luz de Segovia a esta hora parece hecha para revelar defectos de metal y del alma.*

*Los cadetes miran al cielo con la impaciencia de quien espera un espectáculo. Yo lo miro como quien teme una respuesta.*

*No hay ciencia sin asombro, aunque algunos oficiales hagan como si lo olvidaran.*

Tomás sonrió sin querer.

Siguió leyendo.

El teniente Federico había llegado a Segovia destinado como profesor auxiliar de balística exterior. Tenía fama de preciso, de serio, de poco dado a conversación inútil. En esas páginas, sin embargo, aparecía otro hombre: uno que subía a las terrazas más altas de la Academia con un catalejo, uno que salía al anochecer hacia la explanada próxima al Alcázar para tomar notas del cielo, uno que discutía por escrito con superiores que consideraban la astronomía una excentricidad decorativa y no una hermana mayor de la artillería.

En una hoja aparte encontró una anotación distinta, apresurada, casi nerviosa:

*He conocido a la señorita Eulalia de Frutos, hija del relojero de la calle Real. Tiene mejor pulso que varios oficiales y entiende las lentes con una naturalidad ofensiva. Si el aparato falla, confiaría antes en ella que en media compañía.*

Tomás dejó el papel sobre la mesa.

Aquello ya era otra cosa.

Durante el resto de la mañana fue recomponiendo la historia por fragmentos. El relojero de la calle Real existió. También su hija, Eulalia, según confirmaron un par de programas viejos de fiestas y un anuncio de prensa local dentro de otro expediente. Ayudaba en el

negocio familiar y, al parecer, colaboró de forma discreta en la limpieza y ajuste de ciertos aparatos ópticos cuando la Academia preparó observaciones del eclipse de 1905.

Tomás sintió esa punzada conocida del archivero accidental: la sensación de estar metiendo la mano en una grieta y tocar, al fondo, algo vivo.

Siguió leyendo hasta que el comandante regresó a última hora.

—¿Hay material?

Tomás levantó la vista.

—Sí, señor. Mucho mejor de lo que pensaba.

—¿Técnico?

—También humano.

El comandante arrugó apenas el gesto, como si la palabra le pareciera sospechosa.

—Si es muy humano, no servirá para una vitrina.

—O quizá sea lo único que sirva de verdad.

El comandante no respondió. Se acercó, hojeó un par de páginas y se detuvo en una de las notas donde Federico describía el eclipse como “la prueba más elegante de que hasta el sol acepta, de vez en cuando, la disciplina de la sombra”.

—Tenía buena pluma el teniente —admitió.

—Y parece que estaba medio enamorado.

—Eso ya suele estropear la escritura.

Tomás sonrió.

—Aquí la mejora.

El comandante lo miró un segundo más de la cuenta, dejó el cuaderno sobre la mesa y se marchó sin discutirle la insolencia.

Aquella noche, ya en su piso, Tomás no dejó de pensar en la caja. En el teniente Federico. En Eulalia. En la idea de una Academia de Artillería preparando un eclipse como quien prepara una maniobra delicada. Le gustaba, sobre todo, el roce improbable entre dos mundos que la gente suele separar demasiado de prisa: el de las armas y el de las estrellas. Como si la precisión perteneciera solo a la guerra y no también al conocimiento.

Al día siguiente volvió al archivo antes de hora.

La libreta pequeña resultó ser la pieza decisiva. No era oficial. Era personal. Allí la letra de Federico se volvía más desnuda.

*16 de agosto de 1905.*

*La señorita Eulalia ha corregido una aberración del objetivo con una tranquilidad que humillaría a cualquier académico. Si hubiese nacido hombre, la habrían dejado estudiar. Como ha nacido mujer, tendrá que conformarse con tener razón en voz baja.*

*21 de agosto.*

*Me ha preguntado si la Artillería sirve para algo más que para matar. Le he respondido que sirve para medir. No sé si me ha creído. Yo mismo no estoy seguro de haberlo hecho.*

*29 de agosto.*

*Mañana el sol desaparecerá a plena mañana y media Segovia saldrá a mirarlo como si el cielo les debiera una explicación. Confieso que temo menos al eclipse que a lo que pueda ver en su rostro cuando pase.*

Tomás cerró la libreta con cuidado.

Aquello ya no era una curiosidad de archivo. Era un relato esperando a ser desenterrado.

Las placas fotográficas tardaron más. Hubo que llevarlas al laboratorio de digitalización de la Fundación. Dos estaban veladas. Otra apenas conservaba contraste. Pero la cuarta reveló, con una nitidez que puso a Tomás la piel de gallina, una imagen tomada desde una terraza alta de la Academia: el perfil de Segovia, una franja de cielo en penumbra y, en primer término, dos figuras junto a un trípode. El hombre, de uniforme. La mujer, con falda oscura y el pelo recogido. No miraban a cámara. Miraban arriba.

A Tomás le pareció una de las fotografías más hermosas que había visto en su vida.

No por su perfección. Por su postura.

Había en esos dos cuerpos una tensión compartida, una forma idéntica de levantar la cabeza, como si durante un instante la ciencia, el deseo y el miedo hubieran estado apuntando exactamente al mismo sitio.

Pidió permiso para seguir tirando del hilo. El comandante lo concedió con esa sequedad suya que a veces escondía generosidad y a veces solo cansancio.

Los días siguientes, Tomás recorrió media Segovia. Hemeroteca, registros, una visita al viejo local del relojero en la calle Real, hoy convertido en tienda de recuerdos, una conversación con una bisnieta lejana de los De Frutos que recordaba haber oído en casa una historia rara sobre “una mujer que arreglaba lentes mejor que los hombres y se quedó sin la vida que merecía”.

La pieza final apareció casi por accidente, dentro del doble fondo del sobre de las placas. Era una carta nunca enviada. Federico la había escrito a Eulalia el 2 de septiembre de 1905.

Tomás la leyó de pie.

Decía, entre otras cosas, que el eclipse había sido perfecto y terrible. Que cuando la sombra cubrió Segovia, hasta los caballos enmudecieron. Que durante aquel minuto imposible comprendió que toda la soberbia humana —la militar, la científica, la sentimental— no era más que una forma torpe de defenderse del asombro. Y decía, sobre todo, que no pediría su mano.

No porque no la quisiera.

Precisamente porque la quería.

Explicaba que la Academia le ofrecía un traslado ventajoso, que su carrera podía despegar, que el nombre de ella quedaría empequeñecido detrás del suyo, que una mujer tan exacta como Eulalia no merecía convertirse en anécdota doméstica de un oficial con ambición y uniforme.

La carta terminaba así:

*Si alguna vez alguien encuentra estas páginas, ruego no piense que fui noble. Solo fui cobarde con argumentos elegantes. Supe medir la sombra de la luna sobre Segovia, pero no la de mi miedo sobre una vida entera.*

Tomás tardó en sentarse.

Se quedó quieto, con la carta en la mano y la ventana del archivo abierta a un mediodía de marzo que olía a piedra caliente y a jardín recién regado.

Pensó en todos los hombres que saben ponerle nombres técnicos a su falta de valor.

Pensó también en Eulalia, borrada del relato oficial salvo por un puñado de líneas, una placa y el recuerdo vago de una familia.

Ese mismo día redactó una propuesta para la pequeña exposición del eclipse de 2026. No quería una vitrina de instrumentos y fechas. Quería que en el centro estuviera aquella fotografía de las dos figuras mirando al cielo. Quería que figurara el nombre de Eulalia de Frutos con la misma dignidad que el de Federico Alcázar. Quería que se entendiera que Segovia no solo había visto pasar la historia, sino que la había observado con ojos propios desde las terrazas de la Academia, desde los talleres, desde la calle Real y desde el viejo oficio de medir lo invisible.

El comandante leyó la propuesta sin prisa.

—Esto se parece bastante a una historia de amor —dijo al final.

—Y a una historia de precisión.

—Y a una enmienda a los archivos.

—También.

El comandante dejó los folios sobre la mesa.

—¿Sabe cuál es el problema de la memoria, Valcárcel?

—Que casi siempre llega tarde.

—No. Que cuando llega, quiere corregirlo todo.

Tomás sostuvo la mirada.

—A veces tiene razón.

El comandante tardó unos segundos en asentir, pero al final lo hizo.

La exposición se inauguró el 10 de agosto de 2026, dos días antes del eclipse. No era grande. Tres vitrinas, cuatro paneles, un par de instrumentos cedidos por la Academia y la

fotografía ampliada al fondo, dominando la sala. Acudieron militares, profesores, periodistas locales, curiosos y varios vecinos de Segovia que probablemente no habrían entrado allí si no fuera porque la palabra eclipse tiene aún algo de llamada primitiva.

Tomás se quedó al final, cuando ya se vaciaba la sala.

Se acercó a la imagen. Federico y Eulalia seguían mirando arriba desde 1905, ajenos al juicio de nadie. Pensó que, de algún modo, él no había hecho más que obedecerles.

El 12 de agosto, Segovia se llenó de gente desde temprano. Terrazas, plazas, miradores. Había gafas especiales, telescopios, niños sobre hombros, ancianos recordando que una vez sus abuelos hablaron de un día en que el cielo se había puesto raro. En la Academia también hubo observación organizada. El comandante Santonja, contra todo pronóstico, llevaba las gafas puestas con una seriedad casi infantil.

Tomás subió a una terraza alta, no muy distinta de la que aparecía en la fotografía.

Cuando la luz empezó a cambiar, sintió un silencio crecer despacio sobre la ciudad. No era la ausencia de ruido; era otra cosa. Una expectación física, compartida. El Acueducto al fondo parecía más antiguo. El Alcázar, más improbable. Las campanas se quedaron suspendidas en el aire unos segundos antes de sonar. Luego llegó la sombra.

No duró mucho.

Nunca duran mucho las cosas que dejan marca.

Tomás pensó en Federico escribiendo cálculos con tinta negra. En Eulalia corrigiendo una lente con las manos de quien sabe lo que hace y no necesita permiso para saberlo. En la frase del comandante: donde manda la precisión, la astronomía nunca anda lejos.

Y entendió, por fin, algo que el archivo llevaba semanas queriendo decirle.

La Artillería y las estrellas se parecen más de lo que parece. No por la guerra. Por la disciplina de aceptar que un grado cambia el mundo. Que un error mínimo desvía un disparo, una órbita, una vida. Que medir bien no siempre sirve para vencer, pero sí para comprender.

Abajo, Segovia levantaba la cabeza al unísono.

Durante unos segundos, mientras la luz regresaba poco a poco y la ciudad recobraba su pulso, Tomás imaginó que el tiempo no avanzaba en línea recta, sino en círculos finos, como los trazos de un compás sobre papel. Pensó que hay lugares donde la historia no desaparece: solo espera a que alguien tenga la paciencia de enfocar.

Entonces se quitó las gafas de eclipse, miró la sombra retirarse de la piedra y murmuró, sin saber muy bien para quién:

—Ya está. Ya os hemos visto.

Y por primera vez desde que trabajaba allí, la Academia de Artillería no le pareció un edificio severo, sino un lugar donde algunas preguntas —las difíciles, las hermosas— habían aprendido a quedarse mirando al cielo sobre los tejados de Segovia.